

DISCURSO XXX.

RECUERDO DE LA FIDELIDAD DE DIOS Á SUS PROMESAS.

Sicut locutus est ad patres nostros.
Segun la promesa que hizo á nuestros
padres. (Luc. I, 55).

Toca á su fin el himno que entonó María en las cumbres del Hebrón. Este himno, nunca oído anteriormente, y ante el cual desaparecen los más bellos de Moisés, de David, de Débora, de Judith y de Ezequías; este cántico, que conmovió los Cielos con inusitada admiración, é hizo callar de estupor á las mismas arpas de los ángeles; este cántico, lleno de bellezas poéticas, de sublimes conceptos y de extáticas contemplaciones, que la Iglesia y los pueblos repiten todavía varias veces al día por espacio de diez y nueve siglos, toca á su fin. Antes de concluirlo, la Virgen pronuncia las palabras del tema, el último versículo, é inmediatamente vuelve al silencio que siempre guardó y amó con tanta ternura. Despues de haber abierto los labios para decir, que su alma glorificaba al Señor, añadiendo, que se gozaba con el espíritu en Aquel, que, anticipadamente y por singular privilegio, la había aplicado los méritos de la redención, y que sería un día Salvador suyo, y de todos los hombres en general; despues de haber dicho, que el Señor, cuya misericordia se derrama de generación en generación, obró grandes cosas en Ella, y la elevó, por haber puesto los ojos en la bajeza de su esclava, á tal altura, que todas las generaciones la llamarán bienaventurada; despues de haber celebrado en el Altísimo el poder que confunde á los soberbios y derriba del sólio á los poderosos, la bondad que ensalza á los humildes y colma de bienes á los pobres, y la dignación infinita con la cual ha acogido á Israel su siervo y con Israel á todo el género humano; ¿qué otra cosa más podía decir? ¿qué más podía cantar? Ella, her-

manos míos, fija la mirada en las promesas de Dios, y alegre por su cumplimiento, exclama: Dios cumplió su misericordia para con el género humano, así como lo había prometido á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos de los siglos.

Consideremos, pues, á María en el acto de contemplar un plan, que, por una parte, se remonta á nuestros primeros padres, y por otra, se extiende á todas las generaciones venideras, y veremos que colocada entre ambas épocas de la humanidad, la domina con su elevación profética, tocando, por decirlo así, los dos extremos de los tiempos, alentándola y aproximándola al glorioso misterio del cual nos vino la salud, y aprenderemos de Ella á mantener siempre vivo en nosotros el recuerdo de la fidelidad, con que Dios cumplió las promesas hechas para nuestro bien. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Las promesas de Dios con relacion á un futuro Salvador empiezan desde los primeros albores del mundo. El hombre, colmado de bienes y de gloria, gozaba en el paraíso terrenal de todas las delicias que podían contribuir á la felicidad de una criatura racional. Engañóle, sin embargo, el seductor infernal, no supo resistir á la tentación, cayó; y, privado de su inocencia, perdidos en un instante para sí y sus descendientes los privilegios que le hicieron feliz, apareció manchado con el pecado. Dios se compadeció de él, le procuró superabundantemente los medios para adquirir de nuevo los bienes, de los cuales había sido despojado por culpa suya, y obtener otros mayores. Cual tierno padre, socorrió al hijo extraviado; y con una misteriosa predicción, en el instante mismo que le condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte, en castigo de su loca desobediencia, levantó su ánimo abatido. Esta predicción misteriosa, al hablar de una Mujer, cuyo linaje aplastaría la cabeza á la serpiente infernal, anunciaba al hombre, que el pecado de que había sido víctima, sería un día borrado (1).

Una segunda promesa fué hecha á Abrahán, á quien dijo Dios: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vén al lugar que te mostraré. Yo te lo daré á tí y á tu posteridad para siempre, y te haré jefe de una nación grande. Multiplicaré tu linaje como las estrellas del firmamento, como las arenas del mar y de la tierra. Te

(1) GEN. III, 15.

bendeciré, y en tí y en tu descendencia serán benditas todas las naciones (1). Esta magnífica promesa no podía referirse á los pueblos de la Caldea, donde moraba Abrahán ántes del mandato del Señor, ni á los de Canaán, donde se trasladó por orden de Dios, sinó que se refería á todos los pueblos de la tierra. Tampoco podía referirse á las personas que vivían en aquel entónces, porque en aquellos días el mundo apénas empezaba á ser poblado, al paso que se habla de numeroso linaje como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Se refiere, por consiguiente, á una bendición, por la cual todas las naciones habían de ser santificadas; y por lo tanto, mira al futuro Salvador, precisamente porque solo en el Salvador podían y debían ser santificadas todas las generaciones pasadas, presentes y futuras.

Una tercera promesa fué hecha á Isaac. Cuando Isaac deliberaba sobre si se alejaría de la tierra de Canaán, donde reinaba una hambre espantosa, apareciósele Dios, y le dijo: No bajas á Egipto; mas estate quieto en el país que yo te diré. Y vive y vé al lugar que te indicaré, y anda en él como peregrino; yo estaré contigo, y te daré mi bendición: por cuanto á tí y á tu descendencia he de dar todas estas regiones, y en uno de tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra (2). También en esta preciosísima promesa se trata de una bendición, por la cual todos los pueblos serían regenerados, y por lo mismo, se trata de Aquel que, á fin de que fuesen regenerados, debía reparar el daño causado; se trata del Salvador.

Otras promesas semejantes fueron hechas á Jacob, á Moisés y á David; y María ve que todas estas promesas se han verificado ya, ó están próximas á cumplirse. Aquel, que es el suspirado y la expectacion, la salud y la bendición de todos los pueblos, y al cual correrán las gentes en tropel, de suerte, que la conversión de los gentiles vendrá á constituir el signo; por el cual deberá ser principalmente reconocido; Aquel, que destruirá el imperio del pecado, aniquilará la idolatría y abatirá el reinado del demonio, que había extendido su dominio sobre todos los países de la tierra; Aquel, que fué prometido á Adán, á Abrahán y á Isaac, reposa en sus entrañas virginales. La inspirada Virgen se regocija por el gozo de este prodigioso acontecimiento; y transmitiéndose en sus lábios los afectos que arden en su corazón, por ver cumplidas las promesas que Dios hiciera de edad en edad á favor del desventurado humano linaje, el cual había perdido

(1) GEN. XXII, 17.
(2) GEN. XXVI, 4.

sus antiguas grandezas, con palabras de un entusiasmo, que nadie ha podido ni podrá sentir jamás, exclama: «Dios usó de misericordia segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos de los siglos.»

María, no solo ve cumplidas las promesas, si que tambien las profecías acerca del Salvador. David dice, que las naciones le adorarán (1); que los reyes de Tarsis, de la Arabia y de Saba le ofrecerán presentes, trayéndole sus dones (2); que el pueblo judío le rechazará, dejando de ser la nacion predilecta, y que los gentiles ocuparán su lugar (3). Isaías asegura, que nacerá de Madre Virgen (4), y llevará en sus hombros el instrumento de su poder (5); que enseñará la justicia á los pueblos y convencerá á las muchedumbres, de suerte, que éstas, arrojados los ídolos y los simulacros de oro y de plata, amarán al Señor (6). Sabemos por Ezequiel, que el Mesías será pastor, pero pastor único, que salvará al propio rebaño y le reunirá en un mismo redil (7); por Daniel, que han sido fijadas setenta y dos semanas sobre la ciudad santa, á fin de que sea quitada la prevaricacion, tenga fin el pecado, sea borrada la iniquidad, aparezca la justicia sempiterna, tenga cumplimiento la vision, y reciba la nacion al Santo de los Santos (8). Joel nos hace saber, que en los últimos tiempos, el Señor derramará su espíritu sobre todos los hombres, profetizarán sus hijos y sus hijas, sus ancianos tendrán sueños, y visiones la juventud; y que tambien el Espíritu del Señor se derramará en aquellos días sobre los siervos y las siervas (9). Segun Oseas, se apiadará de la nacion llamada: *No más misericordia*, y será pueblo suyo el que no lo era (10); Miqueas asegura, que nacerá en Belén de Judá (11); y Malaquías, que le precederá un Precursor (12).

María ve que estas profecías se han cumplido, ó están próximas á cumplirse. El fin á que todas ellas tendían, era el Salvador; la ben-

(1) PSALM. LXXX, 9.
(2) PSALM. LXXI, 10.
(3) PSALM. XVII, 44, 45.
(4) ISAÍAS VII, 14.
(5) ISAÍAS IX, 6.
(6) ISAÍAS II, 3.
(7) EZEQUIEL, XXXIV, 23.
(8) DAN. IX, 24.
(9) JOEL II, 28.
(10) OSEAS II, 24.
(11) MIQUEAS V, 2.
(12) MALAQUÍAS III, 1.

dicion de que hablaban, y con la cual debían ser benditas todas las generaciones de los hombres, era la bendición, que, naciendo en la tierra, llevaría consigo el Hijo de Dios encarnado para la salvación universal. Y se ha encarnado el Hijo de Dios á quien pronosticáran tantos oráculos; y ha venido el Salvador que predijeron tantos vaticinios. María, considerando cumplidas las profecías, y admirando la fidelidad del Señor en realizar lo que había prometido, tiene razón de exclamar: *Dios usó de misericordia segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos.*

Con las promesas y con las profecías María descubre cumplidas también las figuras. El Mesías está representado en su nacimiento, en su vida, en su muerte, en su resurrección y en sus triunfos por varios personajes, por varias ceremonias, por varios símbolos, por varios sacrificios, y por varios acontecimientos. Hablaron de Él los más ilustres personajes aparecidos en medio del mundo en el transcurso de cuarenta siglos; de Él, las víctimas que eran sacrificadas de vez en cuando, y la inmolación del cordero en el templo de Jerusalén. Si quereis saber quien es el Salvador, atended: es como Adán, el padre de los hombres; como Abél, el justo por excelencia; como Noé, el restaurador del mundo; como Abraham, el padre de los creyentes, el objeto eterno de las complacencias de Dios. Si quereis saber lo que hace el Salvador, Isaac os dice: que es ofrecido en sacrificio por mano de su propio padre; Jacob, que trabaja largos años para obtener una esposa digna de Él; José, que es entregado por sus hermanos, vendido á unos mercaderes, y condenado por un delito de que se halla inocente. Si quereis saber cuales son las obras del Salvador, hallareis en Melquisedec, que, sin predecesor ni sucesor, ofrece el pan y el vino; en Jonás, que predica la penitencia á un pueblo obstinado, y que despues de haber sido encerrado por espacio de tres días en el vientre de un pez, sale de él lleno de vida; en Salomon, que dotado de una sabiduría maravillosa edifica un Templo incomparable á la gloria del Altísimo. Si deseais conocer los triunfos del Salvador, miradlos en Gedeon, quien vence á los enemigos con un número insignificante de guerreros, y con los medios más débiles; en Sanson, que lucha valeroso é intrépido contra una nación entera; en David, que á pesar de la desigualdad de fuerzas, derriba á un gigante formidable hasta entónces invencible. ¿Y acaso no representan al Salvador, Moisés, que libra del cautiverio á Israel, y Josué que lo introduce en una tierra de bendición? ¿Por ventura no representan al

Salvador la serpiente de bronce, que con su presencia sana las heridas causadas por venenosas serpientes; la sangre del Cordero pascual, que preserva al pueblo de ser pasado al filo de la espada por el Angel exterminador; el Maná, que con ser manjar llovido prodigiosamente del cielo, alimenta á la nación errante; y los sacrificios que se ofrecen para adorar, para dar gracias, para pedir y expiar? Estas figuras se ofrecen á los ojos de María. Ella siente que empezaron á verificarse en el instante de la Encarnación del Hijo de Dios. Por esto, poseída de un júbilo que no podemos comprender, y gozando de la suerte imperecedera de la humanidad redimida, dice: *Dios usó de misericordia segun la promesa hecha á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia que debía durar por los siglos de los siglos.*

Entre las promesas, las profecías y las figuras que se referían al Salvador, algunas se referían también á su divina Madre. Las Escrituras están llenas de numerosas profecías, figuras y símbolos relativos á la augusta Madre de Dios. David dice: *La principal gloria de la hija del rey está en lo interior* (1);—Ella está sentada como reina á la diestra de Dios (2);—Las vírgenes seguirán sus huellas y rodearán al rey de la gloria (3). Por Salomon Ella nos dice: Desde la eternidad tengo yo el principado (4);—todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida (5);—yo soy la Madre del bello amor (6); yo me alcé como el plátano en las plazas junto al agua (7), y extendí mis ramas como el terebinto (8), y me he arraigado en medio de mis escogidos (9). Isaías añade: Saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor (10).—¡Oh cielos! derramad vuestro rocío, lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y brote al Salvador (11).—Una vírgen concebirá y parirá un hijo, el cual se llamará Emanuel, ó Dios con nosotros (12). María es el transparente cristal, á cuyo través Ezequiel ve al Señor, el oro escogido por Dios para

(1) PSALM. XLIV, 14.

(2) PSALM. XLIV, 10.

(3) PSALM. XLIV, 15.

(4) PROV. VIII, 23.

(5) PROV. VIII, 24.

(6) ECCL. XXIV, 24.

(7) ECCL. XXIV, 19.

(8) ECCL. XXIV, 22.

(9) ECCL. XXIV, 13.

(10) ISAÍAS XI, 1.

(11) ISAÍAS XLV, 8.

(12) ISAÍAS VII, 14.

adornar interior y exteriormente el Arca de la alianza. María es bella como la luna, magestuosa como la aurora, y resplandeciente como el sol; fragante como la rosa de Jericó, fúlgida como el naranjo, dulce como la granada, y pura como el lirio entre espinas. María está simbolizada en Raquel, madre del justo; en Jael, vencedora de Sísara; en Débora, destructora de sus enemigos; en Judith, gloria de su nación; y en Esther, que enamora el corazón del más poderoso de los reyes.

Esto se ha cumplido también. María ha venido. Se cumplen en Ella aquellos símbolos tan consoladores, aquellas imágenes tan maravillosas, aquellas figuras tan poéticas, y aquellas predicciones tan magníficas que abundan en los sagrados libros. Ciertamente, que nada de esto dice María; pero sin duda por razón de su humildad, y por la ley del silencio que se había impuesto sobre todo lo que la concernía. Empero, por más que lo calle, nosotros lo vemos cumplido; y, por consiguiente, al paso que María admira la fidelidad, con la cual Dios ha querido realizadas las promesas, las profecías y las figuras respecto del Salvador, nosotros, admirando la fidelidad con la cual quiso, igualmente, realizadas las promesas, las profecías y las figuras relativas á Ella, uniendo nuestra voz á la suya, podemos decir con toda razón: *Que usó de misericordia según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á toda su descendencia por los siglos de los siglos.*

Por lo poco que he manifestado en el discurso de hoy, es fácil comprender con cuanta razón el real Profeta asegurase, que Dios es fiel en todas sus palabras y santo en todas sus obras (1). Mas, si Dios es fiel con nosotros en sus promesas, nosotros, al contrario, le somos infieles á Él. En tiempo de una calamidad cualquiera, acudiendo á Dios para alcanzar los oportunos auxilios, le prometemos no impacientarnos en adelante; y pasada la calamidad, volvemos á las impacencias de antes, y á veces peores. Cuando nos acercamos al tribunal de la penitencia, confesando nuestros pecados, arrepentidos delante de Dios, le pedimos perdón, acostumbramos prometerle cambiar de conducta en lo futuro; y luego, no cambiamos de vida, ó el cambio no es duradero. ¡Cuánta, pues, no debería ser nuestra confusión, de cuanta vergüenza no deberíamos cubrirnos, comparando la fidelidad de Dios con la infidelidad nuestra?

¡Ah! abramos, por fin, los ojos, y reconozcamos el gravísimo mal

(1) PSLM. LXIV, 13.

que nos causamos á nosotros mismos con nuestras promesas no cumplidas. No cabe duda, que seríamos muy diversos de lo que somos: mucho más humildes, más mansos y más fervorosos, si fuéramos lo que hemos prometido ser tantas veces. Prometemos mortificarnos, y buscamos las comodidades; prometemos amar ardentemente á Dios, y somos tibios; prometemos obediencia y sumisión, y estamos hinchados de orgullo y de soberbia. Por consiguiente, ahora que es tiempo todavía de atender formalmente á nuestros intereses, confesemos, que hasta aquí nos hemos contentado con solo dar promesas á Dios; apresurándonos, por lo tanto, á demostrarle con las obras la voluntad de servirle. No faltemos otra vez á nuestros propósitos, no prometamos sin que se cumpla luego lo prometido; que los respetos humanos, la repugnancia de los sentidos, las habladurías del mundo, los sufrimientos, las dificultades y las contradicciones, no nos hagan olvidar de nuestros buenos propósitos. Portémonos para con Dios del mismo modo que Dios se porta para con nosotros; é imitando á María, en alabar la fidelidad con la cual Él cumple las promesas hechas, hagamos todo lo posible para serle devotamente fieles.